

en nuestras obras, un esfuerzo del pensamiento por crear algo que represente, de manera objetiva, lo subjetivo del creador".

Esta petición de una obra narrativa en la que esté presente en un primer plano el sello individualizado e inconfundible del autor no sólo expresa, sin embargo, una concepción del género novelesco, sino que, además, implica la exigencia moral de que cada hombre sea mirado, como dice el relator de "Hijo de ladrón", como una persona que merece ser mirada: reconociéndola y apreciándola como tal desde el principio. Esta exigencia de una mirada que reconozca en cada ser, por quebrada, destruida o degradada que aparezca su vida, la condición humana siempre personal e individualizada constituye, precisamente, uno de los elementos esenciales de la rebelión de Manuel Rojas contra una realidad social en la que, al haber desaparecido hasta las últimas sombras de una real comunidad humana, cada individuo es petrificado, cosificado por los demás.

Es en este punto donde, por contradictorio que pudiera parecer, el itinerario de Manuel Rojas se entrecruza con el de Benjamin Subercaseaux. Los dos buscan, por así decirlo, lo mismo, pero desde la faceta que cada uno de ellos mejor conoce. Escritor autodidacta, formado en la fragua anónima de las clases populares, Manuel Rojas pone el acento en el reconocimiento del carácter personal de cada vida. Escritor cultivado, formado en las aulas de la Universidad de París, aristócrata seguro de sí mismo y de su patrimonio, Benjamin Subercaseaux pone el acento, al contrario, en el reconocimiento del común trasfondo colectivo de cada vida individual. Es lo que llamaba, en la nota antepuesta a la segunda edición de "Chile o una loca geografía", la necesidad apremiante de tomar conciencia de nuestra tierra.

El sentido de esta necesidad apremiante es explicado poco después por Subercaseaux cuando advierte: "Este libro nació a la visión panorámica de un chileno que siente y trata de interpretar a su patria, sin dejar por esto de contemporarla con la mirada preocupada del que llega de afuera. Si los chilenos de adentro creen ver en estas páginas algo que no les concierne y que les parece ajeno, culpen de ello a su felicidad y no a mi ignorancia. Mi libro no ha podido reflejar esa indolente miopía de que ellos gozan. Nació preocupado, como todo lo mío, para desgracia mía; con lo que no quiero decir que naciera amargado y, menos todavía, sin esperanzas. Chile es un país preñado de aurora y casi infantil fuerza de imprevisión, de traviesa y de falta de perspectiva".

Esta preocupación de Subercaseaux no puede, sin embargo ser entendida como un gesto que se agota en el espectáculo inmediato que le ofrecía la realidad nacional cuando escribió "Chile o una loca geografía", sino que, en verdad, debe ser referida a las profundas inquietudes antropológicas, psicociológicas e incluso religiosas que el gran escritor expuso no sólo en sus novelas sino, asimismo, en sus numerosos ensayos teóricos, como "El hombre inconcluso" e "Historia inhumana del hombre".

Algunas líneas respecto de la posición política o del acontecer social de cada uno.

Manuel Rojas militó en su juventud en las filas del anarquismo. Su filosofía social se refleja, ciertamente, en todas sus obras. Su actitud frente al hombre y su individualidad son el producto de esa formación. El anarquismo, a pesar de su decadencia y anacronismo actual, forjó en quienes pasaron por sus filas un grande e insubornable temperamento moral. De este modo, Rojas jamás desvinculado de los problemas sociales, aunque no se caracterizó por ser un vocinglero, tuvo su expresión en una defensa constante de la libertad del hombre y lo demostró con su adhesión a las mejores causas de su época. Con González Vera, Enrique Espinoza y otros difundieron, desde las páginas de esa gran revista que fue Babel, una porción considerable de su pensamiento respecto de las cuestiones de la libertad y del compromiso en el arte, que en esa época, no tan lejana, eran de la mayor actualidad. También sabemos que Manuel Rojas solicitó su adscripción al Partido Socialista, y que sólo se alejó de él por razones de política contingente. Es digno de ser considerado su comportamiento frente a la revolución cubana, de la cual fue un decidido admirador hasta los instantes mismos de su muerte. Pensaba, de mejorarse, ir a Cuba una vez más. Creemos que Rojas es uno de los silenciosos constructores de la libertad chilena, la que defendió sin el menor oportunismo, como tampoco se congració con los que la atacaban o defendían maquiavélicamente. Es una figura que merece nuestro más profundo respeto.

Subercaseaux, por su parte, con una más sólida formación cultural europeizante, no fue sino tangencialmente un luchador social. Menos sólido que Rojas, su adhesión al pensamiento de avanzada es ocasional. Participó con mucho brillo en el Congreso Continental por la Cultura efec-

cionales, porque, como diría Tolstoi, era capaz de pintar bien su aldea, con lo cual estaba pintando al mundo. Aun cuando los paralelismos entre Subercaseaux y Rojas pudieran parecer puramente formales, el respeto por la personalidad humana tuvo en ambos formidables adalides.

Algunas palabras aún acerca de Manuel Rojas, a quien tuvo el honor de conocer.

Más allá de un juicio puramente intelectual, hemos encontrado muchas veces en lugares y momentos descritos por él en Hijo de ladrón o en Mejor que el vino, circunstancias que sentimos identificadas a las de nuestra propia vida; o, en otros casos, hemos asociado con las hondas impresiones que nos dejara la lectura de sus cuentos, instantes del pasado, de modo que la memoria los ha podido revivir con fidelidad.

Los verdaderos personajes, los héroes de las novelas de Manuel Rojas, son hombres del pueblo, gente de un mundo de vivir no siempre apacible, pero de hábitos sencillos y conducta espontánea. Hacia ellos, vagabundos, pequeños delincuentes, pescadores, artistas circenses, etcétera, supo ese poeta del pueblo atraer un afecto y una simpatía que sólo parecería poder surgir del conocimiento real y de la convivencia entre seres de carne y hueso, a través de las vicisitudes de la vida misma.

Nada era más notable en el autor de Punta de rieles que esa capacidad de infundir en cualquier lector un interés humano, un afán de participar de los sentimientos de aquellos seres de ficción que nos hablaban, sin embargo, de los azares de sus vidas más taciturnas que alegres.

Poseyó Manuel Rojas ese don que sólo les es otorgado a los grandes artistas: revestida de belleza y poesía aquellos objetos y lugares que el ojo de la mirada cotidiana había desprovisto de todo interés o valor estético. Sin disfrazar la realidad, ni menos falsear la naturaleza misma de los personajes que le daban sentido a su expresión literaria, podía iluminar el rincón más oscuro, o con el simple gesto o un ademán sutil del protagonista, expresado a través de una breve frase, o transformar lo que hubiera sido el paso deprimente del tiempo en una vivienda cargada de poesía, pléyrica de secreta expectativa.

No nos sería posible abarcar en una fugaz mirada lo más destacado de la vasta creación literaria de Manuel Rojas; pero, ¿cómo no evocar, en un abrir y cerrar de ojos, el damirado de los vagabundos junto al río Aconcagua o la noche turbulenta de un día de huelga en un barrio popular de Valparaíso? ¿Cómo no recordar el diálogo en la oscuridad de la cárcel del puerto, que tan magistralmente describe Rojas en Hijo de Ladrón o no palpar, con sensación casi dolorosa, la soledad del guachimán de Lanchas en la Bahía?

Una singular ternura, un sentimiento siempre empapado de melancolla, que parecía transmitirse de los hombres a las cosas, era algo así como la característica, el sello personal que Rojas imprimía a aquellas historias, tantas veces inspiradas en su propio pasado de trabajador de múltiples oficios.

Los seres que el espíritu creador y poético de ese hombre, de imponente porte y rostro rudo, hizo desfilar en las páginas de sus cuentos y novelas, tienen en común —no obstante las diferencias de sus personalidades definidas o a las posiciones que en la vida les dio el artista— esa nobleza de alma propia de los seres más ignorados de la sociedad, cuyo brillo puede ser recubierto a veces por las mismas limitaciones que la falta de posibilidades les impone. Manuel Rojas no inventaba esa nobleza en el zapatero, en el vagabundo o en el obrero ferroviario, sino que revelaba en la narración de esas vidas, lo que en su propia experiencia y su sensibilidad de poeta le habían enseñado desde la primera juventud.

Honar desde el Senado la vigorosa personalidad de este gran escritor de Chile, es no sólo testimoniar el afecto de todo un pueblo y rendir el homenaje que se merece quien aportó al patrimonio literario latinoamericano el pensamiento inspirado en la idiosincrasia de nuestra raza, sino también destacar la figura de un luchador político y espiritual, de un autodidacta que supo traducir el alma misma del hombre que se realiza duramente en una existencia precaria, y mostrar en la raíz misma de la patria la armonía que se esconde tras un aparente desorden, la claridad que saldrá a la superficie de la vida y del mundo..., desde el oscuro callejón.

Quisiera abrir un paréntesis para que se conozca un rasgo —como lo denunciara Carlos Droguett— sufrido por el gran escritor a quien rendimos homenaje, en sus últimos días. Por culpa de nuestro maldito sistema burocrático, Manuel Rojas no alcanzó a percibir los beneficios especiales concedidos a quienes han obtenido un Premio Nacional. En un año no alcanzó a sobrepasar la espesa maraña de papeles ni a recorrer los kilómetros de pasillos que se interponían entre su derecho y la posibilidad de obtenerlo.

Señor Presidente, he querido llamar la atención sobre el común

obras que legaron al patrimonio cultural de Chile, en las cuales las generaciones futuras descubrirán seguramente, como lo hicimos nosotros, la señal de una rebeldía y el signo de una promesa; la señal de un rechazo y el signo de una esperanza.

Ruego transmitir a las familias de ambos escritores fallecidos las condolencias —que también hecesuyas el Honorable señor Gumucio— de la Izquierda Cristiana, en cuyo nombre he rendido este homenaje.

El señor AGUIRRE DOOLAN (Vicepresidente) Se enviarán los oficios solicitados por Su Señoría. Tiene la palabra el Honorable señor Rodríguez.

Manuel Rojas y Benjamin Subercaseaux, en el corazón de Chile

El señor RODRIGUEZ.— La muerte de Manuel Rojas y de Benjamin Subercaseaux, dos grandes de la literatura chilena, han algo así como detenido el pulso febril de Chile, por la significación de sus obras, por sus personalidades vigorosas, por la manera de amar a su patria, cada uno a su manera. Son dos facetas de la misma realidad nacional, dos luces en nuestro áspero camino, dos modos de mirar las cosas y de juzgar a los hombres, de participar en nuestra historia, en nuestros afanes, en nuestras alegrías y en nuestras desgracias. Tanto el uno como el otro dieron lo mejor de su existencia, tan rica en experiencias para expresar el espíritu chileno, sus ansias de superación, su carácter indomable, su suave escepticismo frente a la vida, la nota inquietante de sus grandes rebeldías, la suavidad tranquilizadora del amor y la ternura, el cariño por los mejores frutos de la tradición y la fuerza que empuja a sobreponerse a los malos tiempos y seguir avanzando.

Rojas, más arraigado a la substancia popular, de donde venía; y Subercaseaux, ensayando vuelos más universales en su apetito de buscador incansable de lo novedoso y original. Rojas describiendo el paisaje y la gente con acopio de observación objetiva, para Subercaseaux, tales como son. Y Subercaseaux, inclinado a los dramas psicológicos, a lo que quería que la gente fuera, incursionando por la ciencia, por la antropología, por la política, por la filosofía, pero llevando siempre a Chile en lo más profundo del corazón. Ambos preocupados por el pueblo y su destino: uno, aceptándolo en su dinamismo de sombra y luz; otro, criticándolo para que fuera mejor.

El uno como el otro fueron grandes caminantes por el extranjero y por el país. Mientras los años juveniles de Rojas pasaban por la Argentina, por los cordones cordilleranos y por Chile, los de Subercaseaux marcaban las calles de París, Cuba, Puerto Rico, Panamá, Venezuela, México, los Estados Unidos y vuelta a Chile, para Rojas. Europa, África y Oriente, para Subercaseaux, y regreso a Mendoza para, al poco tiempo, morir en Tacna, a la vista de Chile. En la hora definitiva, la tierra de la patria cubre sus huesos en maternal descanso.

Manuel Rojas nació en Buenos Aires, el 8 de enero de 1896, hijo de padres chilenos. A los dieciséis años, vino a trabajar a Santiago, donde había estado antes, huérfano ya de padre y con escasa instrucción sistemática. Tuvo que desempeñar oficios muy variados para subsistir, como nos cuenta en inolvidables páginas autobiográficas: pintor de brocha gorda, aprendiz de sastrero, talabartero, carpintero, peón, cuidador de faluchos, estibador, obrero de imprenta, apuntador de teatro empleado, jefe de oficina en su edad madura, periodista, conferencista y profesor ocasional. El drama de su vida está en pocas palabras, escritas por él mismo: "Mi déficit es horrible. Comencé a escribir a los 16. Sólo llegué a cuarta, o quinta preparatoria. Había vivido entre el pueblo que habla mal, aunque con gracia. Pero desde niño tuve noción del lenguaje. Me gustaba hallar expresiones originales. Toda mi vida, desde que recuerdo, tuve problemas económicos. Cuando joven tenía que conseguirme 10 pesos, después fueron 500. Nunca tuve lo suficiente para vivir".

Esta situación precaria no hizo mella en el ánimo del futuro novelista. En lo cultural, logró cultivarse como el que más hasta lograr una sólida formación intelectual. Su espíritu tampoco dio albergue a la amargura, a la protesta intencionada de tipo reivindicativo inmediato, sino que se mantuvo siempre erguido, digno, orillando las menudencias de los desajustes sociales yéndose al fondo del destino y de la angustia del hombre, sin perder jamás su inmensa cordialidad, la pureza de sus sentimientos y el halo poético que supo extraer de los momentos más duros. Estas características las destacó con agudeza y oportunidad el crítico literario Alone, en su prólogo a la novela de Rojas "Lanchas en la Bahía": "...la naturaleza ha hecho de Manuel Rojas, en primer lugar, un poeta de la más delicada, de la más exquisita sensibilidad y luego un autor de cuentos y novelas, donde la ternura se apaga en ironía y la observación aguda, tranquila, se prolonga en imaginaciones llenas de gracia. Todavía más, por obra

## HOMENAJE A LA MEMORIA DE LOS SEÑORES BENJAMIN SUBERCASEAUX Y MANUEL ROJAS, RECIENTEMENTE FALLECIDOS. OFICIOS.

(Publicación en extenso por acuerdo de Comité)

El señor JEREZ.— Señor Presidente, la desaparición de dos valores sobresalientes de las letras chilenas, Manuel Rojas y Benjamin Subercaseaux, no puede dejar de ser señalada desde este Senado, no sólo como un justo reconocimiento a la obra que cada uno de ellos realizó, sino, asimismo, como una constancia dolorosa de la irreparable pérdida que su desaparición representa para la cultura, la sociedad y el pueblo de Chile.

No es tarea fácil, ni siquiera para los especialistas, establecer un paralelo entre dos escritores tan diferentes como Manuel Rojas y Benjamin Subercaseaux, pero todas las distinciones que en principio pudieran indicarse no se podrían extremar hasta el punto de perder de vista la común preocupación que, desde sus primeros escritos, los condujo a comprender, describir e integrar algunos de los aspectos más fundamentales de la vida nacional.

Nacidos en clases sociales antagónicas, formados en distintos medios culturales, exponentes de estéticas diferentes, el autor de "Chile o una loca geografía" enfrentó la realidad nacional en todos sus planos con la misma indoblegada rebeldía que el autor de "Hijo de ladrón". Los dos hicieron del oficio de escritor una permanente introspección del hombre y del medio chilenos que, rompiendo por igual con el conformismo y el esquematismo, denunciaba las miserias e insuficiencias de la sociedad chilena, buscando una protesta radical en la que las sombras de Rimbaud y de Máximo Gorki parecían caminar juntas.

Estoy seguro de que, tarde o temprano, los historiadores de nuestras letras subrayarán el trasfondo rebelde, crítico e indócil que, desde la llamada Generación del Centenario, caracteriza a la literatura chilena del siglo veinte, e intentarán descifrarlo a la luz de las transformaciones sociales que se han venido realizando en el país desde la trágica crisis de 1891. Es ese trasfondo rebelde el que permite, en los apores de esta centuria, sintetizar en un mismo gesto las novelas de Luis Orrego Luco, los análisis socio-económicos de Francisco Amnio Encina, las disquisiciones de Nicolás Palacios y las protestas de Luis Emilio Recabarren.

Fue con ellos que se inició, por así decirlo, el desconformismo que luego ha caracterizado, de una manera u otra no sólo el ensayo social, sino, asimismo, a la novela chilena de las seis últimas décadas, hecho que confirma, una vez más, el carácter esencialmente crítico de estas dos formas, como lo han advertido sus investigadores más calificados. En efecto, ni el ensayo ni la novela hubieran sido posibles en una sociedad armónica, puesto que tanto el uno como la otra suponen la búsqueda, muchas veces angustiada e inmisericorde, de aquellos valores, fines e ideales que la sociedad niega o desconoce.

Por esta razón, pienso que el mejor elogio que puede hacer en estos momentos de Manuel Rojas y de Benjamin Subercaseaux es destacar el común trasfondo crítico que se acusa en sus obras frente a la realidad social chilena. Este nos parece un signo más fundamental que las posibles oposiciones estéticas e ideológicas que se pudieran establecer entre sus órbitas literarias e intelectuales.

Durante algunos años se acostumbó incluir la obra narrativa de Manuel Rojas dentro de la llamada corriente "criollista", subentendiéndose por ésta la búsqueda e inventario de los usos, gestos y giros típicos. Nadie podría, en nuestros días, suscribir este despropósito, ni desde el punto de vista de los temas que el gran escritor abordó en sus obras, puesto que en todos ellos se acusaba una comprensión general de la condición humana, ni mucho menos desde el punto de vista de la búsqueda de un lenguaje narrativo, en la que, como ha señalado más de un crítico, Rojas fue uno de los precursores de la profunda transformación llevada a cabo por algunos de los más representativos exponentes de la actual novela hispanoamericana.

El hecho de que el autor de "El vaso de leche" fuera un escritor antiliterario no autoriza, en ningún momento, para suponerlo totalmente extraño a toda búsqueda formal, ni mucho menos ajeno a toda preocupación teórica sobre el género narrativo. Uno de sus mejores conocedores, Ernesto Montenegro, subraya en un breve ensayo publicado originalmente en La Prensa de Buenos Aires, en 1963, que Manuel Rojas sobresalía



del invisible principio interior del alma misteriosa y omnipotente, no sujeta a leyes conocidas, este hombre, aparentemente condenado a la fosquedad de las formas, ha seguido una línea progresiva de sutil refinamiento y se ha hecho estilista, o ha logrado ese supremo milagro de la prosa: el equilibrio, la ausencia de extremos, la disimulación del arte por la perfecta y sencilla naturalidad". Resultan admirables, por su clarividencia, estas palabras escritas en 1932.

El largo itinerario literario de Manuel Rojas está señalado por la variedad temática y la calidad siempre en aumento hasta alcanzar la maestría. En poesía nos ha dejado sus versos de juventud recogidos en "Poéticas" (Mendoza, 1921) y en las transparentes estrofas de "Tonadas del transeúnte" (1927) y "Deshecha rosa" (1954), esta última de elevada inspiración y hondura en el pensamiento, dominando la emoción y la serenidad, en un estilo limpio y substantivo que fue oportunamente destacado por la crítica.

En el ensayo, inapreciable, porque refleja muchas de las ideas más importantes de Rojas en torno de la creación literaria, el papel del escritor y de la literatura a su posición social, filosófica y artística, debemos mencionar sus libros "De la poesía a la revolución" (1938) y "El árbol siempre verde" (1960), además de breves apuntes sobre la literatura chilena. En este mismo orden, debemos citar su abundante producción periodística, que diarios y revistas del país y del extranjero han recogido con generosidad.

Sus libros de cuentos y de narraciones breves, donde se destacó como uno de los mejores cultores del país y de Latinoamérica, en un momento en que se luchaba por la renovación de las formas literarias y por una nueva temática que contuviera al hombre más que a un paisaje, son "Hombres del sur" (1926), "El delincuente" (1929), "Travesía" (1934), "El bonete maulino" (1943) y la selección hecha en 1926 que lleva por nombre "El vaso de leche y sus mejores cuentos".

Toda la rica tipología y todo el escenario de estas narraciones constituyen una parte vital de la existencia de Manuel Rojas, porque en cada línea y en cada personaje se patentizan la realidad, la experiencia y el conocimiento de personas y atmósferas muy caras a la memoria y al afecto sin mácula de Rojas. El tono predominante es el de la autenticidad, tan difícil de encontrar en muchos escritores que no son capaces de extraer de la vida diaria, de los contornos concretos, la fuerza necesaria para pintar al hombre en toda su grandeza y en toda su miseria. Sordidad y viveza del relato, realismo en las descripciones, humanidad siempre presente en los personajes, acabada estructura del relato, son valores que no se olvidan y que hicieron de Manuel Rojas un maestro. Pero más allá de estas circunstancias, están el amor y la ternura que se exhiben como piedras preciosas en la obra completa del autor, junto a la fortaleza y al acerado temple de sus personajes, aspecto éste tan bien captado por la pluma sin rival

Hijo de Ladrón, Mejor que el Vino, Punta de Rieles, Sombras contra el Muro, La Oscura vida radiante. La importancia de Lanchas en Bahía está en que fue la primera novela del autor, además de constituir su tema una incursión sería por los ambientes del puerto de Valparaíso, una parte de su vida, la de los cargadores, de los "buitres" o cuidadores de faluchos y barcos pequeños, de las mujeres de vida alegre. Y, sobre todo ello, el despertar del joven obrero improvisado, del trabajador del mar, cuyo deambular entre las cosas y los hombres mantiene sus reservas, como quien observa todo, pero sin comprometerse demasiado. Las mismas condiciones que le dieron renombre al conjunto de sus cuentos se hallan en esta novela sencilla, realista, donde se encuentran ya algunas de las novedades que muchos años después van a constituir moda entre las nuevas generaciones de escritores. Nos referimos — y seguimos aquí la opinión de más de un comentarista de Manuel Rojas — al manejo del monólogo interior, de la técnica narrativa larga, ininterrumpida, que le permitió al actor desenvolver muchas cosas en íntima asociación de ideas. Debe advertirse que esta forma, hoy en boga entre los más grandes novelistas de Latinoamérica, la empleó Manuel Rojas en el año 1930, cuando terminó el libro que mencionamos.

Su obra maestra es "Hijo de Ladrón", celebrada elogiosamente por la crítica. Varios años trabajó el autor en este libro, algunos de cuyos personajes se continúan en las novelas "Mejor que el Vino" y "Sombras contra el Muro". Luis Hevia es el personaje principal, con bastante de Manuel Rojas, por su vida aventurera que conocemos. El autor ha confesado: "Decidí convertirme en Luis Hevia, un Luis Hevia que se llamaría como su padre, y que viviría, con el nombre de su padre, la a medias imaginaria y a medias real infancia que le iba a dar, y, después, una ya imaginaria parte de su adolescencia, hasta el momento en que Manuel Rojas tomaría su papel y su nombre. Luis Hevia termina su papel, real o imaginario, en el momento en que vuelve, una vez terminadas las cosechas, a la casa familiar, no encuentra a nadie y decide abandonar Buenos Aires. De ahí en adelante Manuel Rojas vive también una real o imaginaria vida. Los movimientos son ya míos y la personalidad es la de él, aunque sólo hasta cierto punto: está reparada. Yo puse lo que era mío, la sensibilidad, además de hechos que Luis Hevia no conoció". Este Luis Hevia es el que toma el nombre de Aniceto Hevia en la novela (Consignado por Hernán del Solar en su libro "Breve Estudio y Antología de los Premios Nacionales de Literatura")

"Hijo de Ladrón" conquistó a los lectores de manera asombrosa, por la virilidad del relato, el interés de la trama, el realismo de los personajes y el sentido de profunda soledad que rodea a los hombres, en un mundo que ha perdido la cualidad de la comprensión y el diálogo. Como dice el

con su vitalidad asombrosa, su inteligencia clara y su acopio de galicismo. A los pocos días, Subercaseaux estaba en todas partes. Buscaba y provocaba el diálogo, la polémica, la discusión. No se quedaba en las ramas, sino que iba a la raíz de los asuntos. Para los chilenos, silenciosos por naturaleza, Subercaseaux resultaba insolito. Para él, en cambio, los insólitos éramos nosotros.

Le llamaban el afrancesado. A poco, sin embargo, el afrancesado se nos atravesó en el camino de la chilendidad, se encaramó sobre ella y nos resultó uno de esos grandes chilenos que da la patria, lejos de sus fronteras, empapándose de cosas y de espíritus extraños, para volver después más chileno que cualquiera de nosotros. Recordemos, al respecto, a un D'Halmar, a una Mistral, a un Neruda, a un Salvador Reyes.

Chile se acostumbró pronto al ánimo polémico de Subercaseaux, a ese "enfant terrible" de las tertulias literarias, de los foros, de las conferencias y de los libros que iba armando en Chile con amor, ternura y delectación. Espíritu inquieto por esencia, buscador de nuevas formas, con un enorme apetito de saber y de divulgar, de corregir, de soñar, de esperar... y de no recibir nada. Porque Subercaseaux era totalmente desinteresado y se dedicaba por completo a la literatura y a su papel de chileno su modorra intelectual. Todo lo encontraba malo, lo por desprecio, sino por exceso de amor y por manía en sus evaluaciones, más que por los gustos. Hoy día comprendemos su posición, su papel de tábano socrático para que descubriéramos nuestra verdad, por desagradable que fuera.

Benjamín Subercaseaux, nacido el 20 de noviembre de 1902, era hijo de una familia de linaje tradicional, muchos de cuyos miembros pertenecen a la historia del país. Termina sus estudios humanísticos, y cuando cursaba sus primeros estudios de medicina se dirigió a París. Allí trabajó conocimiento con los escritores jóvenes y con los viejos maestros de la ciencia, sobre todo en el campo de la psicología. Hizo breves viajes a Alemania, Italia, Checoslovaquia, Grecia, Turquía y África del Norte. Fue Caballero de la Legión de Honor de Francia, miembro de varias Academias de Ciencia y de Letras y alto funcionario del Gobierno de Chile. El Premio Nacional de Literatura lo obtuvo en 1963.

Se le considera un escritor profesional por su dedicación absoluta a las letras, al trabajo serio y sistemático, modo que se está imponiendo en nuestro país para bien de nuestra literatura.

No es fácil catalogar a Subercaseaux, ya que cultivó con brillo el ensayo, el cuento, la novela, la cátedra universitaria, el periodismo, la conferencia, la literatura, la ciencia y la filosofía, amén de la historia y la política. En todas estas actividades mostró calidad innegable, originalidad en muchos aspectos, seriedad intelectual a toda prueba. Tanto los grandes asuntos como los más pequeños encontraron en Subercaseaux a un discípulo ferviente, a un hombre enamorado de lo bello, de la verdad, de lo nuevo. Ponia en cada

gran conjunto por la finura descriptiva, los recuerdos autobiográficos y el elegante vuelo de la imaginación creadora. No hemos podido olvidar, entre ellos, "Niño de Lluvia", que el autor publicó después con el nombre de "Daniél", por ser de gran riqueza emotiva y psicológica, por tratarse del despertar de un niño de clase acomodada a las rarezas y contradicciones del mundo de los adultos.

"Jemmy Button" es la gran novela de Subercaseaux, que tiene mucho de aventura y mucho de filosofía. Sobre la historia de Robert Fitz-Roy, descubridor del canal de Beagle, y de su dramático suicidio en años posteriores, cansado "de haber visto ya bastante mundo", el escritor continúa la historia acerca de los cuatro indígenas que el marino británico llevó consigo a Inglaterra y a quienes no pudo civilizar; parte que le permite a Subercaseaux desarrollar curiosas teorías antropológicas y bellas descripciones de sentimientos, muchos de ellos, según confesión del autor, experimentados por él mismo en distintas circunstancias de su vida.

Benjamín Subercaseaux, al igual que Manuel Rojas, estuvo también en las filas de los movimientos renovadores de Chile. Los socialistas no podemos olvidar su valiosa contribución a las últimas candidaturas presidenciales de Salvador Allende, seguro de encontrar en él y en su Gobierno las fórmulas más convenientes para llevar a cabo de la dependencia y del atraso. Lo dio todo sin exigir nada.

En la historia de nuestra literatura deberán estudiarse la rica acción social de Subercaseaux, sus cambios y variadas formas de vivir la existencia, desde el dogma evangélico hasta padre de un hijo adoptivo, desde hijo de alta cuna a defensor de los humildes, de viajero impenitente a patriota arraigado a su tierra, todo ello hecho con grandeza, con superior estilo literario, con vocación creadora.

El nos ha dejado una nueva visión de Chile, de su paisaje y de su gente, y una muestra evidente de su amor por su patria, vaciado todo ello en una estructura narrativa de primer orden, original y sólida, con limpieza y transparencia de niño grande y dureza aparente de padre arisco.

Por mi intermedio, los socialistas rendimos a estos dos grandes de nuestra literatura un efectivo y cálido homenaje de reconocimiento y gratitud por su hermoso legado, fraternal y hondamente humano, a la gran tradición literaria de nuestra patria.

Deseamos, por último, que se envíen nuestras sentidas condolencias a sus familiares y a la Sociedad de Escritores de Chile.

Señor AGUIRRE DOOLAN (Vicepresidente).— Si le parece a la Sala, se enviarán los oficios solicitados por el Honorable señor Rodríguez.

Acordado. Tiene la palabra el Honorable señor Teitelboim.

Un plebeyo, un aristócrata. El señor TEITELBOIM.— A

pletas de soñadores hambrientos que vienen a hacer la América.

Los Rojas no harán en Buenos Aires la América. Ni siquiera la Argentina. Deciden un día volver a Chile. A los cuatro años Manuel ve por primera vez su país. Y se sienta en el umbral del almacén paterno, un despacho en una familiar esquina de Santiago, la intersección de Coquimbo con Nataniel, entre el azúcar, los porotos y la yerba mate, a contemplar la vida que pasa por la calle entonces empedrada a huevillo.

Pero al año siguiente fallece el padre. Su madre, alta y decidida, simpaticante anarquista, resuelve regresar a Buenos Aires. De nuevo la música del tango que entonces se abre camino en las noches del arrabal. Se embebe en las lecturas iniciales. Lo sacuden los truenos tribunicios del numen de Almafuerte. Lo envuelven los compases sentimentales de la poesía de Evaristo Carriego y la tristeza por "la costurerita que dio aquel mal paso".

Pero basta, niño, de perder el tiempo en pavadas. Vete al laburo. Busca trabajo. Múdate de ciudad, pero encuentra una ocupación donde sea. No se ha inventado todavía la manera de vivir sin comer. La encuentra en Rosario, en los talleres del Ferrocarril Central consigue un empleo de carpintero mecánico.

Ese trabajador de 13 años no se halla. Anda tras algo, no sabe bien qué. Algo más que el pan. Los desahucios, el conformismo callado, lo empuja a ser un muchacho errante.

Cuando Argentina se prepara para celebrar el centenario del Grito de Mayo, este adolescente de apellido Rojas, que no cree en Dios ni en los santos, decide instalar las luces de la fiesta, como electricista iluminador "a giorno" en la catedral de Mendoza.

#### Escribe, Manuel

Ahora vamos a las vendimias a pie pelado. Tiene 15 años, y entabla relaciones con los anarquistas. Quizás le gusta Mendoza porque está más cerca de Chile. Quiere regresar y no tiene dinero.

Tal vez consiga acercarse si se contrata como peón en el Trasandino. Total, ¿qué más da?. Se vendrá a pie, cruzará tranqueando la cordillera para llegar por segunda vez a Santiago. Al fin y al cabo, toda su vida fue Manuel Caminador.

En Chile no lo recibe el Protocolo ni una banda de músicos. Va a dar al conventillo. Suele dormir en una peluquería de mala muerte. Durante el día maneja la brocha como pintor de coches, de victorias, cabritas, hasta dejarlas relucientes. Pero se siente cada vez con más ganas de ponerle una bomba a la sociedad en que vive.

Allí se destapa el escritor. Tiene 17 años y envía artículos con carga de pólvora y ácido sulfúrico a un periódico anarquista de Buenos Aires, La Batalla. A veces la frontera entre el ácrata y el hampón no salta tan a la vista. Hay un incidente violento y se esconde en Valparaíso. Pasa hambre. Luego

cartillas en el Hipódromo Chile.

Es un autor respetado, pero un tanto menor. No ha publicado todavía la gran obra. Ella se publica en 1951, después de sonadas peripicias. La presenta a un concurso de novelas de la SECh con el nombre Tiempo Irremediable. Prefieren un Infierno Gris, que hoy se recuerda sobre todo por aquel "petit affaire". Manuel Rojas lleva el libro postergado a Zig-Zag. A través de su asesor literario, José María Souviron; la editorial rechaza su publicación. Nacimiento — que durante décadas fue casi el único promotor de la literatura chilena — lanza la novela que se hará célebre con el nuevo nombre de Hijo de Ladrón.

El 14 de junio de 1957 se le otorga el Premio Nacional de Literatura. Manuel se ha casado, descajado, vuelto a casar y a descasar. Viaja. Escribe como un condenado.

La oscura vida radiante. Su obra es su vida. Desde los cuentos iniciales hasta La Oscura Vida Radiante, todas sus páginas nacen de las aguas del río autobiográfico, de la observación directa, salvo tal vez la fantasía de la Ciudad de los Césares.

Sus pasiones, sus amores y sus desamores son el tema alimentado en las calderas y toneles de Mejor que el Vino. Sus andanzas por todos los oficios y miserias y sueños se proyectan en Sombras contra el Muro o en La Oscura Vida Radiante, nombre tomado de un verso de José Martí, uno de cuyos capítulos, entonces inéditos, lo oímos leer con su voz lenta y sentenciosa. Recuerdos del año 20, o previos a él, de las generaciones anarquistas, cuando estalla la tormenta de la Revolución Rusa. Por allí va, pasando por todo, su hombre, su otro yo, Aniceto Hevia, el mismo protagonista de Hijo de Ladrón, una gran novela, tal vez porque estructuralmente ella no es sino el libre fluir de la vida y de la memoria.

Acaba de morir, a los 77, este gigante, un hombre de pueblo, que alcanzó la estatura más elevada entre los novelistas chilenos de las últimas décadas.

#### Subercaseaux

Bueno, alguna vez Manuel Rojas escribió sobre Subercaseaux y éste sobre aquél. Se respetaban, pero pertenecían a linajes y modos de ser que, salvo el escribir y el no tener pelos en la lengua, eran antipodas.

Benjamín Subercaseaux nace aristócrata, en cuna con encajes. Su madre es una belleza famosa en los salones de comienzos del siglo. Pero su padre muere cuando la criatura tiene tres semanas. Riqueza y tragedia. Un mundo sin hambres y sin hombres, entre la madre y la tía Blanca, entre viajes a Europa, institutrices, profesores privados. Luego, los Padres Franciscanos, dos años de Medicina. Cuando tiene 20 años parte a estudiar sicología en La Sorbona, donde se gradúa con nota sobresaliente. Su primer libro, publicado en 1927, será sobre el tema de su especialidad de entonces: Apuntes de Psicología Comparada.

De vuelta a Chile será, como Vicente Huidobro, escritor bilingüe. Publica en francés "Le voyage sans but et sans fin". Adopta un seudónimo revelado

cente, a este "hippie" de setenta años: "Basta ya".

Benjamín Subercaseaux muerto. Ahora empieza su segunda vida. Se abren anchas páginas de un gran escritor que todavía espera ser descubierto lo menos en cuatro continentes desconocidos, pues más allá de "best seller", Chile o una L. Geografía, es un autor que no llegado al público ni a las razones nuevas, a aquellas las cuales él siempre soñó escribir de preferencia.

He dicho. El señor PABLO.— Pido palabra.

Señor Presidente, ya sea por inadvertencia inexcusable o falta de información oportuna cierto es que los Senadores democratacristianos no destaca para esta ocasión a ningún representante de nuestras filas y adherir a este merecido hombre que se rinde a dos grandes de la literatura chilena: a Manuel Rojas y a Benjamín Subercaseaux. Estoy cierto de que interpretando Senadores de mi partido sí, e nombre, adhiere a este hombre pues estamos conscientes de más allá de las trincheras políticas muchas veces separan, chilenos nos encontramos rendir homenaje a nuestro pueblo del cual grandes valores intelecto como estos escritores: unas de las más altas expresiones.

Por ello, en representación de Senadores democratacristiano me sumo a las palabras de menaje que hemos escuchado pido que las comunicaciones acordó enviar se remitan tan en nuestro nombre.

El señor AGUIRRE DOOLAN (Vicepresidente).— Así se, señor Senador.



amigo y escritor distinguido, el José Santos González Vera, en el retrato correspondiente a Manuel Rojas en su obra "Algunos" (1959): "Los que se adueñan al momento de nuestra simpatía son sus tipos serios, tal vez por hablar poco o inspirar la confianza de que se podría contar con ellos. En esto, el autor hace prevalecer un rasgo de su naturaleza. Entre los demás hombres que habitan sus cuentos hay farsantes y matones. Apenas advierte que alguno ha incurrido en tropelías, uno de sus hombres serios le asesta un bofetón estupefaciente, y si, a pesar del castigo, continúa estorbando la buena convivencia, otra persona, más formal todavía, le da varias ipuñaladas".

Los cuentos de Rojas se centran en la acción, en la anécdota, con escasas concesiones a lo simplemente descriptivo que, cuando ocurre, es sobrio y preciso. Aunque el tema sea dramático a veces, no está ausente la ironía, la gracia varonil. De nuestras lecturas de mozo no olvidamos Laguna, que tiene bastante de autobiográfico en la azarosa vida de Rojas. Es el cuento del roto fatal, cuya eterna mala suerte le acompaña hasta la muerte, cuando se pierde en las nieves de los Andes en su viaje a Chile en busca de un destino diferente. Así describe el paisaje: "Yo conocía la cordillera por haberla atravesado dos veces en mi niñez, pero de ella no guardaba más recuerdo que el de una mulita muy suave, un arriero que me cuidaba, de un coche que rodaba entre dos murallas de nieve y de mi madre, este último más patente que los otros. Por lo tanto, el espectáculo era nuevo para mí. Una sensación inmensa de pequeñez sobrecogió mi espíritu, cuando, al descender del tren, mi vista recorrió ese inmenso anfiteatro de montañas. El cielo me parecía más lejano que nunca. Ni un árbol. Aridez absoluta en todo lo que veía. Rocas que se erguían, crestas rojas o azules, manchones de nieve, soledad, silencio. El tren se perdía como un gusano, entre las moles, ridículo de pequeño. Y los hombres parecíamos más pegados al suelo que en ninguna parte".

En otro de sus cuentos, El bonete maulino, el escenario es el sur de Chile, la provincia de Talca. Aquí nos encontramos con cuatreros y con hombres sencillos de la tierra, que, para arreglar su situación, se meten a bandidos ocasionales, como le ocurre al curioso personaje Don Leiva, dicharachero, festivo, sentimental y, en un momento, asaltante nocturno en la banda de los hermanos Segovia. Existe consenso en considerar su cuento "El vaso de leche" como uno de los grandes relatos de nuestra literatura, pieza maestra de sensibilidad dolorosa, de hondo dramatismo y de una ternura que cae como rocío sobre el cuerpo y el alma angustiados de un pobre joven desamparado, acosado por el hambre de varios días y vuelto de súbito a la vida por un vaso de leche y unas vainillas servidas por las manos de una humilde y gran mujer.

Si grande en el cuento y en la narración breve, más grande aún lo es en la novela: Lanchas en la Bahía, La Ciudad de los Césares,

prologista René Jara en la edición de la "Empresa Editora Nacional Quimantú", refiriéndose a Aniceto Hevia como narrador maduro, "las características constantes de este narrador son la angustia, la marginalidad, la precariedad e indefensión del hombre en un mundo deshumanizado y, por ello, absurdo".

Hoy su cuerpo ha desaparecido; se fue esa figura familiar que tan bien describiera un crítico: "Es grande, casi gigantesco, y desde su cabeza morena, baja la mirada de unos ojos apacibles que se dirían lentos, como su palabra, como sus ademanes. Lento y apacible. Da la impresión de una sólida masa, segura de sí misma y recogida. Oye con cierta especie de benevolencia distracción y no revela ninguna inquietud. Parece que, si uno lo dejara, podría estar muchas horas en silencio, impregnado en esa indiferencia de los fuertes para cuanto sucede en torno". Podríamos nosotros agregar que Manuel Rojas dejó la vida con majestad de gigante, para brillar por siempre en el espacio del silencio infinito.

Sin embargo, este hombre sencillo y silencioso, estaba consumido por un fuego interior que lo acercaba al hombre humilde y sufrido, azotado por la miseria, por la injusticia. Anarquista por espíritu, siempre estuvo en las filas de los trabajadores auténticos, en todos los movimientos políticos y sociales de Chile, y también del mundo, que luchaban por conseguir mejores días para la patria y la humanidad en las vanguardias revolucionarias. Los socialistas tuvimos el honor de contarlos en nuestras filas, como tuvo la Izquierda el mismo honor de contarlos permanentemente entre los suyos. Nos acompañó en memorables campañas políticas, con el desinterés material característico en él, pero con la pasión silenciosa y la limpieza de alma que puso en todas las obras de su vida.

A Manuel Rojas, al amigo, al compañero y al escritor inolvidable, los socialistas le rendimos el homenaje que se merecen los mejores.

Merecido también, pero distinto, es el recuerdo humano que conservamos de Benjamín Subercaseaux. Este había vuelto a su Patria, en plena agitación del Frente Popular, después de pasar largos años en Europa, especialmente en París. Trajo de allí un brillante doctorado en sociología, que le sirvió mucho en su obra de novelista, ensayista y periodista, y un rico bagaje de cultura europea, sobre todo de la mejor literatura de la década del veinte y del treinta. Nos resultaba extraño a los jóvenes de la época, cuando empezábamos a ensayar nuestras primeras armas revolucionarias en el Partido Socialista y alternábamos con escritores y pintores en nuestros afanes comunes de conquistar para Chile la justicia social y la independencia económica. En una de las tantas "Ferias del Libro" y de exposiciones similares que ponían en práctica los hombres y mujeres de la Izquierda, conocimos a Benjamín Subercaseaux, recién llegado, elegante y distinguido, mitad francés y mitad chileno, que cayó entre nosotros

con la capacidad de su aguda inteligencia y su responsabilidad de autor verdadero, con conciencia de su oficio y con respeto profundo por la cultura.

Si algo le llamaba la atención, lo investigaba a fondo, se documentaba, comparaba, sacaba conclusiones y explicaba. Su vocación se mostraba en múltiples actividades y se extendía por el rico abanico de su inteligencia, siempre con honradez y afán de conocimientos. ¿Quién no recuerda a este respecto sus enjundiosos y polémicos artículos aparecidos en diarios y revistas del país, especialmente sus colaboraciones en la revista Zig-Zag, que contaban con miles de admiradores? Subercaseaux fue, en este sentido, un poderoso ariete contra el lugar común, el prejuicio, la comodidad. Quería que todo se aclarara, fuera mejor, fuera superior, más claro, más humano. Fue su batalla hasta su muerte.

Se destacó también, decíamos, en la cátedra. Dictó cursos de antropología por cinco años en la Universidad de Concepción y transmitió a sus alumnos muchas de sus experiencias personales, además de su rico acopio científico logrado a través de largos períodos de estudio. La conferencia y el ensayo fueron para este ilustre escritor una necesidad intelectual irrenunciable, y el último constituye una forma predilecta de su vocación y de su expresión.

En efecto, en Zoé (1936), aparecen sus primeras inquietudes filosóficas de tipo general. Después vienen sus interpretaciones históricas concretas en Contribución a la Realidad, para terminar este ciclo con su hermosa obra Chile o una Loca Geografía, de tanta belleza y de tanta originalidad sobre nuestra tierra y sobre nuestra gente.

Le continúan Reportaje a mí mismo y Tierra de Océano, verdadera historia novelada donde se expresa la pasión de Benjamín por el mar y la tradición de Chile con su destino marítimo al frente.

Siempre en el ensayo, el último ciclo de su creación abarca tres obras de resonancia, en las cuales está presente el hombre y su destino: Santa Materia, El Hombre Inconcluso e Historia Inhumana del Hombre, algunas de cuyas páginas son un verdadero grito desgarrador por la libertad total y absoluta del hombre. En 1971 se publicó su último libro de este género, Manifiesto al Mundo Hippie.

Cuando se haga el balance de los libros y trascendencia de la obra de Benjamín Subercaseaux, sus ideas vertidas en esos ensayos, algunos de los cuales son auténticas joyas de la literatura nacional, tendrá que destacarse su profundidad al lado de la pulcritud y pintoresquismo de la forma, no siempre comunes en nuestras letras. Aquí está el hombre de pensamientos, el reivindicador de viejos mitos y el descubridor de horizontes más vastos para comprender al hombre y su circunstancia.

El artista más acabado y de vuelo amplio está en los cuentos y en la novela. Mar amargo, Y al oeste limita con el mar, "Niño de Lluvia" y "Rahab", forman un

puerto. En 1915, no tiene aún veinte años, lo toman preso por sospechoso, anarquista o alguna acusación vaga, no bien establecida.

Cuando tiene 20 años, se recibe de poeta: Canción de otoño. Llama la atención, pero a él le interesa sobre todo el teatro. Si no puede ser actor será consuetud. Se enrola en la compañía de Alejandro Flores como apuntador de las obras.

Se hace amigo de González Vera. Discute con Antonio Acevedo Hernández y Domingo Gómez Rojas. Este le dice: "Escribe, Manuel". Manuel cree que Gómez Rojas le recomienda a todos lo mismo. Seguirá metido dentro de la concha, bajo el escenario, para soplar los parlamentos a los actores de la compañía Casimiro Ross-Alejandro Flores.

En Punta Arenas sobrevienen la insolencia y la bancarrota total. No será la primera vez que les pasa a los artistas. Retorna a Santiago con un pasaje en barco pagado por la beneficencia pública.

Pero no escarmienta. Volverá a su papel opaco e invisible de apuntador. Y acompañará a los cómicos de la lengua a Argentina y Uruguay. Se queda varado en Buenos Aires otra vez, trabajando como linógrafo. Necesita dinero. Concursa. Su relato Laguna obtiene un segundo premio en un certamen del periódico bonaerense La Montaña. Consigue la misma recompensa en un concurso de la revista Caras y Caretas por su cuento El hombre de los ojos azules.

El lanzamiento del escritor que había comenzado a escribir para ganarse algunos pesos. Seguro que lo hizo por algo más. Pero antes de ser un escritor profesional, ejercerá la suma de las actividades del trabajador. Como linotipista tece la máquina delicada en todos los diarios de la época, incluso la Federación Obrera, a cargo de Luis Emilio Recabarren.

La comezón del teatro no lo deja tranquilo, y un día hasta aparece en una película chilena haciendo el papel de ovejero.

Es hombre ya hace rato. Se casa con la escritora María Baeza, una mujer pequeña, poeta real, cuya estampa hecha de delicadeza hacia buen contraste con el gigante de su marido. Vienen los hijos y los premios. Publica Lanchas en la bahía.

Lo conocimos cuando era Director de las Prensas de la Universidad de Chile, en 1932. Su mujer solía venir a buscarlo por las tardes. No parecía lejano, huracán, enamorado y silencioso, dos veces silencioso. Bueno, ¿por qué quiere uno hablar con la gente que no quiere conversar con uno?

Le duró poco esa felicidad. Murió María, su mujer, y escribió una desolada "Deshecha Rosa". Escribía mucho. Trabajaba en los diarios. Cobraba también, sin quererlo y casi sin darse cuenta, autoridad en el gremio. Lo eligen y reeligen Presidente de la Sociedad de Escritores. Pero a la vez, para vivir, mantiene religiosamente, todos los domingos, durante 16 años, su empleo de vendedor de

puerto. En 1915, no tiene aún veinte años, lo toman preso por sospechoso, anarquista o alguna acusación vaga, no bien establecida.

Cuando tiene 20 años, se recibe de poeta: Canción de otoño. Llama la atención, pero a él le interesa sobre todo el teatro. Si no puede ser actor será consuetud. Se enrola en la compañía de Alejandro Flores como apuntador de las obras.

Se hace amigo de González Vera. Discute con Antonio Acevedo Hernández y Domingo Gómez Rojas. Este le dice: "Escribe, Manuel". Manuel cree que Gómez Rojas le recomienda a todos lo mismo. Seguirá metido dentro de la concha, bajo el escenario, para soplar los parlamentos a los actores de la compañía Casimiro Ross-Alejandro Flores.

En Punta Arenas sobrevienen la insolencia y la bancarrota total. No será la primera vez que les pasa a los artistas. Retorna a Santiago con un pasaje en barco pagado por la beneficencia pública.

Pero no escarmienta. Volverá a su papel opaco e invisible de apuntador. Y acompañará a los cómicos de la lengua a Argentina y Uruguay. Se queda varado en Buenos Aires otra vez, trabajando como linógrafo. Necesita dinero. Concursa. Su relato Laguna obtiene un segundo premio en un certamen del periódico bonaerense La Montaña. Consigue la misma recompensa en un concurso de la revista Caras y Caretas por su cuento El hombre de los ojos azules.

El lanzamiento del escritor que había comenzado a escribir para ganarse algunos pesos. Seguro que lo hizo por algo más. Pero antes de ser un escritor profesional, ejercerá la suma de las actividades del trabajador. Como linotipista tece la máquina delicada en todos los diarios de la época, incluso la Federación Obrera, a cargo de Luis Emilio Recabarren.

La comezón del teatro no lo deja tranquilo, y un día hasta aparece en una película chilena haciendo el papel de ovejero.

Es hombre ya hace rato. Se casa con la escritora María Baeza, una mujer pequeña, poeta real, cuya estampa hecha de delicadeza hacia buen contraste con el gigante de su marido. Vienen los hijos y los premios. Publica Lanchas en la bahía.

Lo conocimos cuando era Director de las Prensas de la Universidad de Chile, en 1932. Su mujer solía venir a buscarlo por las tardes. No parecía lejano, huracán, enamorado y silencioso, dos veces silencioso. Bueno, ¿por qué quiere uno hablar con la gente que no quiere conversar con uno?

Le duró poco esa felicidad. Murió María, su mujer, y escribió una desolada "Deshecha Rosa". Escribía mucho. Trabajaba en los diarios. Cobraba también, sin quererlo y casi sin darse cuenta, autoridad en el gremio. Lo eligen y reeligen Presidente de la Sociedad de Escritores. Pero a la vez, para vivir, mantiene religiosamente, todos los domingos, durante 16 años, su empleo de vendedor de

puerto. En 1915, no tiene aún veinte años, lo toman preso por sospechoso, anarquista o alguna acusación vaga, no bien establecida.

Cuando tiene 20 años, se recibe de poeta: Canción de otoño. Llama la atención, pero a él le interesa sobre todo el teatro. Si no puede ser actor será consuetud. Se enrola en la compañía de Alejandro Flores como apuntador de las obras.

Se hace amigo de González Vera. Discute con Antonio Acevedo Hernández y Domingo Gómez Rojas. Este le dice: "Escribe, Manuel". Manuel cree que Gómez Rojas le recomienda a todos lo mismo. Seguirá metido dentro de la concha, bajo el escenario, para soplar los parlamentos a los actores de la compañía Casimiro Ross-Alejandro Flores.

En Punta Arenas sobrevienen la insolencia y la bancarrota total. No será la primera vez que les pasa a los artistas. Retorna a Santiago con un pasaje en barco pagado por la beneficencia pública.

Pero no escarmienta. Volverá a su papel opaco e invisible de apuntador. Y acompañará a los cómicos de la lengua a Argentina y Uruguay. Se queda varado en Buenos Aires otra vez, trabajando como linógrafo. Necesita dinero. Concursa. Su relato Laguna obtiene un segundo premio en un certamen del periódico bonaerense La Montaña. Consigue la misma recompensa en un concurso de la revista Caras y Caretas por su cuento El hombre de los ojos azules.

El lanzamiento del escritor que había comenzado a escribir para ganarse algunos pesos. Seguro que lo hizo por algo más. Pero antes de ser un escritor profesional, ejercerá la suma de las actividades del trabajador. Como linotipista tece la máquina delicada en todos los diarios de la época, incluso la Federación Obrera, a cargo de Luis Emilio Recabarren.

La comezón del teatro no lo deja tranquilo, y un día hasta aparece en una película chilena haciendo el papel de ovejero.

Es hombre ya hace rato. Se casa con la escritora María Baeza, una mujer pequeña, poeta real, cuya estampa hecha de delicadeza hacia buen contraste con el gigante de su marido. Vienen los hijos y los premios. Publica Lanchas en la bahía.

Lo conocimos cuando era Director de las Prensas de la Universidad de Chile, en 1932. Su mujer solía venir a buscarlo por las tardes. No parecía lejano, huracán, enamorado y silencioso, dos veces silencioso. Bueno, ¿por qué quiere uno hablar con la gente que no quiere conversar con uno?

Le duró poco esa felicidad. Murió María, su mujer, y escribió una desolada "Deshecha Rosa". Escribía mucho. Trabajaba en los diarios. Cobraba también, sin quererlo y casi sin darse cuenta, autoridad en el gremio. Lo eligen y reeligen Presidente de la Sociedad de Escritores. Pero a la vez, para vivir, mantiene religiosamente, todos los domingos, durante 16 años, su empleo de vendedor de

puerto. En 1915, no tiene aún veinte años, lo toman preso por sospechoso, anarquista o alguna acusación vaga, no bien establecida.

puerto. En 1915, no tiene aún veinte años, lo toman preso por sospechoso, anarquista o alguna acusación vaga, no bien establecida.

Cuando tiene 20 años, se recibe de poeta: Canción de otoño. Llama la atención, pero a él le interesa sobre todo el teatro. Si no puede ser actor será consuetud. Se enrola en la compañía de Alejandro Flores como apuntador de las obras.

Se hace amigo de González Vera. Discute con Antonio Acevedo Hernández y Domingo Gómez Rojas. Este le dice: "Escribe, Manuel". Manuel cree que Gómez Rojas le recomienda a todos lo mismo. Seguirá metido dentro de la concha, bajo el escenario, para soplar los parlamentos a los actores de la compañía Casimiro Ross-Alejandro Flores.

En Punta Arenas sobrevienen la insolencia y la bancarrota total. No será la primera vez que les pasa a los artistas. Retorna a Santiago con un pasaje en barco pagado por la beneficencia pública.

Pero no escarmienta. Volverá a su papel opaco e invisible de apuntador. Y acompañará a los cómicos de la lengua a Argentina y Uruguay. Se queda varado en Buenos Aires otra vez, trabajando como linógrafo. Necesita dinero. Concursa. Su relato Laguna obtiene un segundo premio en un certamen del periódico bonaerense La Montaña. Consigue la misma recompensa en un concurso de la revista Caras y Caretas por su cuento El hombre de los ojos azules.

El lanzamiento del escritor que había comenzado a escribir para ganarse algunos pesos. Seguro que lo hizo por algo más. Pero antes de ser un escritor profesional, ejercerá la suma de las actividades del trabajador. Como linotipista tece la máquina delicada en todos los diarios de la época, incluso la Federación Obrera, a cargo de Luis Emilio Recabarren.

La comezón del teatro no lo deja tranquilo, y un día hasta aparece en una película chilena haciendo el papel de ovejero.

Es hombre ya hace rato. Se casa con la escritora María Baeza, una mujer pequeña, poeta real, cuya estampa hecha de delicadeza hacia buen contraste con el gigante de su marido. Vienen los hijos y los premios. Publica Lanchas en la bahía.

Lo conocimos cuando era Director de las Prensas de la Universidad de Chile, en 1932. Su mujer solía venir a buscarlo por las tardes. No parecía lejano, huracán, enamorado y silencioso, dos veces silencioso. Bueno, ¿por qué quiere uno hablar con la gente que no quiere conversar con uno?

Le duró poco esa felicidad. Murió María, su mujer, y escribió una desolada "Deshecha Rosa". Escribía mucho. Trabajaba en los diarios. Cobraba también, sin quererlo y casi sin darse cuenta, autoridad en el gremio. Lo eligen y reeligen Presidente de la Sociedad de Escritores. Pero a la vez, para vivir, mantiene religiosamente, todos los domingos, durante 16 años, su empleo de vendedor de

puerto. En 1915, no tiene aún veinte años, lo toman preso por sospechoso, anarquista o alguna acusación vaga, no bien establecida.